

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

Suscripción en Madrid.

Por un mes..... 8 reales
Por tres id. 20 id.

Suscripción en Provincias.

Tres meses..... 26 reales.
Por seis idem..... 50 id.

En el extranjero y Ultramar.

Por un año..... 120 reales.
(Franco de porte).

Colocacion en el BANCO DE ECONOMIAS, de un real por mes de suscripcion, para atender a las enfermedades de los suscritores.

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.

SUMARIO. *Carta inédita de D. Miguel Cervantes Saavedra.—El Licenciado*, por D. de la Herannueva.—*El Cabello Blanco*, por J. A. Quiroga.—*Revista de la Semana*, por V. C. Feijóo.—*Teatros*, por F.—*Sueltos.—Todos somos iguales*, por T. Alfaro.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto inserta en las columnas de nuestro Semanario la siguiente epístola debida á la pluma de nuestro inmortal Cervantes, y hallada recientemente, segun dijimos en la última revista, en los archivos de la casa del señor conde de Altamira. Publicámosla con la misma ortografía que tiene el original, y tal y como los demas periódicos lo han hecho:

DE MIGUEL DE CERVANTES

CAPTIVO:

A M. VAZQUEZ, MI SEÑOR.

Si el baxo son de la zampoña mia
señor á vuestro oído no ha llegado
en tiempo que sonar mejor debía,

No ha sido por la falta de cuydado
sino por sobra del que me ha traydo
por estraños caminos desviado.

Tambien por no adquirirme de atrevido
el nombre odioso, la cansada mano
ha encubierto las faltas del sentido,

Mas ya que el valor vio sobre humano
de quien tiene noticia todo el suelo
lá graciosa altivez, el trato llano,

Anichilan el miedo y el recelo
que ha tenido hasta aquí mi humilde pluma
de no quereros descubrir su vuelo.

De vuestra alta bondad y virtud summa
diré lo menos, que lo mas no siento
quien de cerrarlo en verso se presume.

Aquel que os mira en el subido asiento
do el humano favor puede encumbrarse
y que no cesa el favorable viento.

Y él se vé entre las ondas anegarse
del mar de la privanza do procura
ó por fas ó por nefas levantarse.

¿Quien dubda que no dize, La ventura
ha dado en levantar este mancebo
hasta ponerle en la mas alta altura?

Ayer le vimos inexperto y nuevo
en las cosas que agora mide y trata
tan bien que tengo embidia y las apruevo.

Destá manera se congoxa y mata
el embidioso que la gloria agena
le destruya, marchita y desbarata.

Pero aquel que con mente mas serena
Contempla vuestro trato y vida honrrosa
Y el alma dentro de virtudes llena

No la inconstante rueda presurosa
de lá falsa fortuna, suerte, ó hado
signo, ventura, estrella, ni otra cosa.

Dize que es causa que en el buen estado
que agora poseis os aya puesto
con esperanza de mas alto grado.

Mas solo el modo del vivir honesto
La virtud escogida que se muestra
en vuestras obras y apacible gesto.

Esta dize Señor que os da su diestra
y os tiene assido con sus fuertes lazos
y á mas y á mas subir siempre os adiestra.

O sanctos, ó agradables dulces brazos
de la sancta virtud alma y divina
y sancto quien recibe sus brazos.

Quien con tal guía como vos camina
de que se admira el ciego vulgo baxo
si á la silla mas alta se avecina?

Y puesto que no ay cosa sin trabajo
quien va sin la virtud va por rodeo
y el que la lleva va por el atajo.

Si no me engaña la esperiencia, creo
que se ve mucha gente fatigada
de un solo pensamiento y un desseo

Pretenden mas de dos llave dorada
muchos un mesmo cargo y quien aspira
á la fidelidad de una embaxada

Cada cual por sí mesmo al blanco tira
do assestan otros mill, y solo es uno

cuya saeta dió do fué la mira

Y este quizá que á nadie fué importuno
ni á la soberbia puerta del privado
se halló despues de visperas ayuno

Ni dió ni tuvo á quien pedir prestado
solo con la virtud se entretenia
y en Dios y en ella estava confiado

Vos sois, Señor, por quien dezir podria
y lo digo y diré sin estar mudo
que solo la virtud fue vuestra guia

Y que ella sola fué bastante y pudo
levantarós al bien do estais agora
privado humilde de ambicion desnudo.

Dichosa y felizissima la hora
donde tuvo el real conocimiento
noticia del valor que anida y mora

En vuestro reposado entendimiento
cuya fidelidad, cuyo secreto
es de vuestras virtudes el cimiento

Por la senda y camino mas perfecto
van vuestros piés, que es la que el miedo tiene
y la que alaba el seso mas discreto

Quien por ella camina vemos viene
á aquel dulce suave paradero
que la felicidad en sí contiene

Yo que el camino mas baxo y grosero
he caminado en fria noche oscura
he dado en manos del atolladero.

Y en la esquivá prision antarga y dura
á donde agora quedo estoy llorando
mi corta infelizissima ventura.

Con quejas tierra y cielo importunado
con suspiros al ayre escuresciendo
con lágrimas el mar acrescentando

Vida es esta señor do estoy muriendo
entre bárbara gente descreída
la mal lograda juventud perdiendo.

No fué la causa aquí de mi venida
andar vagando por el mundo acaso
con la vergüenza y la razon perdida.

Diez años há que tiendo y mudo el passo
en servicio del gran Philippo nuestro
ya con descanso, ya cansado y laso.

Y en el dichoso dia que siniestro
tanto fué el hado á la enemiga armada
quanto á la nuestra favorable y diestro.

De temor y de esfuerzo acompañada
presente estuvo mi persona al hecho
mas de esperanza que de hierro armada.

Vi el formado esquadron roto y deshecho
y de bárbara gente y de christiana
roxo en mill partes de Netupno el lecho.

La muerte ayrada con su furia insana
aquí y allí con priessa discurriendo
mostrándose á quien tarda, á quien temprana.

El son confuso. el espantable estruendo,

los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y el agua yvan muriendo.

Los profundos suspiros lamentables
que los heridos pechos despedian
maldiziendo sus hados detestables.

Eloseles la sangre que tenian
quando en el son de la trompeta nuestra
su daño y nuestra gloria conoscian.

Con alta voz de vencedora muestra
rempiendo el ayre claro el son mostraba
ser vencedora la Christiana diestra.

A esta dulce sazón yo triste estava
con la una mano de la espada assida
y sangre de la otra derramava.

El pecho mio de profunda herida
sentia llagado y la siniestra mano
estava por mil partes ya rompida.

Pero el contento fue tan soberano
que á mi alma llegó viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el christiano,

Que no echava de ver si estava herido
aunque era tan mortal mi sentimiento
que á veces me quito todo el sentido.

Y en mi propia cabeza el escarmiento
no me pudo estorvar que el segundo año
no me pudiese á discrecion del viento.

Y al bárbaro medroso pueblo extraño
vi recogido, triste, amedrentado
y con causa temiendo de su daño.

Y al reino tan antiguo y celebrado
á do la hermosa Dido fué rendida
al querer del troyano desterrado.

Tambien vertiendo sangre aun la herida
mayor con otras dos quise hallarme
por ver ir la morisma de vencida.

Dios sabe si quisiera allí quedarme
con los que allí quedaron esforzados
y perderme con ellos, ó ganarme.

Pero mis cortos implacables hados
en tan honrosa empresa no quisieron
que acabasse la vida y los cuydados.

Y al fin por los cabellos me truxeron
á ser vencido por la valentia
de aquellos que despues no la tuvieron.

En la galera, Sol que escurescia
mi ventura, su luz, á pesar mio
fué la pérdida de otros y la mia.

Valor mostramos al principio y brio
pero despues con la esperiencia amarga
conoscimos ser todo desvario

Senti de ageno yugo la gran carga.
y en las manos sacrilegas malditas
dos años ha que mi dolor se alarga.

Bien sé que mil maldades infinitas
y la poca attricion que en mí se encierra
me tienen entre estos falsos Ismaelitas.

Quando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo que en su seno
tantos Piratas cubre, acoge, y cierra,

No pude al llanto detener el freno
que á mi despecho sin saber lo que era
me vi el marchito rostro de agua lleno.

Offreciose á mis ojos la ribera
y el monte donde el grande Carlos tuvo
levantada en el ayre su vandera.

Y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo
pues móvido de envidia de su gloria
ayrado entonces mas que nunca estuvo.

Estas cosas bolviendo en mi memoria
las lágrimas truxeron á los ojos
movidas de desgracia tan notoria.

Pero si el alto Cielo en darme enojos
no está con mi ventura conjurado
y aquí no lleva muerte mis despojos,

Quando me vea en mas alegre estado
si vuestra intercession Señor me ayuda
á verme ante Philippo arrodillado,

Mi lengua balbuziente y quasi muda
pienso mover, en la real presencia
de adulacion y de mentir desnuda,

Diziendo alto señor cuya potencia
sujetas trae mill bárbaras Naciones
al desabrido yugo de obediencia.

A quien los negros Indios con sus dones
reconocen honesto vassallage
trayendo el oro acá de sus rincones.

Despierta en tu Real pecho el gran corage
La gran soberbia con que una vicoca
aspira de continuo a hazerte ultrage.

La gente es mucha mas su fuerza es poca
desnuda mal armada que no tiene
en su defensa fuerte muro, ó roca.

Cada uno mira si tu armada viene
para dar á sus pies el cargo y cura
de conservar la vida que sostiene.

De la amarga prision triste y oscura
á donde mueren veinte mill christianos
tienes la llave de su cerradura.

Todos (cual yo) de allá puestas las manos
las rodillas por tierra sollozando
cercados de tormentos inhumanos.

Valeroso Señor te están rogando
buelvas los ojos de misericordia
á los suyos que están siempre llorando.

Y pues te dexa agora la discordia
que hasta aquí te ha opprimido y fatigado
y gozas de pacífica concordia.

Haz ó buen Rey que sea por tí acabado
lo que con tanta audacia y valor tanto
fue por tu amado padre comenzado.

Solo el pensar que vas pondrá un espanto
en la enemiga gente que adevino
ya desde aquí su pérdida y quebranto.

Quien dubda que el Real pecho benigno
no se muestre escuchando la tristeza
en que están estos miseros continuo.

Bien parece que nuestro la flaqueza
de mi tan torpe ingenio que pretende
hablar tan baxo ante tan alta Alteza.

Pero el justo desseo la defiende
mas á todo silencio poner quiero
que temo que mi pluma ya os offende
y al trabajo me llaman donde muero.

EL LICENCIADO.

(Conclusion.)

Llegó por último junto á la casa donde ardia la luz que le sirvió de faro, y allí se detuvo con la mirada fija en una ventana de la misma próxima al suelo.

—¡Tengo hambre, mucha hambre!—murmuraba el infeliz, castañeteando los dientes,—y estoy muriéndome de frio... Por esa ventana no me será difícil entrar en la casa donde podré comer y calentarme, pero no tengo dinero con que pagar... ¡No importa!—añadió luego con resolucion.—Si no me lo quieren dar buenamente seré capaz de matar á todos los que estén en ella, porque yo tengo mucha hambre y mucho frio!

Esto diciendo desenvainó un cuchillo, que llevaba al cinto, y le colocó entre sus dientes; así luego de un madero que allí habia, le arrimó trabajosamente á la pared y trepó por él hasta encaramarse en la ventana. Una vez allí, dirigió su vista al interior por un postigo de la misma que estaba entreabierto. Sepamos lo que vió.

Una mujer, jóven y al parecer bella, vuelta la espalda hácia la ventana, cosía junto al hogar donde ardia una hermosa lumbre coronada por una ancha chimenea cubierta de hollín.

Inmediata á la mujer habia una cuna de tosca madera, que ella misma hacía con sus pies: en la cuna dormía dulcemente una criatura.

La jóven cesó repentinamente de coser y de sus labios se escapó un profundo suspiro que llegó distintamente hasta Pedro; luego llevó la diestra á sus ojos, como para limpiarse una lágrima.

—¡Llora!—murmuró el licenciado, conmovido á su pesar ante aquel cuadro que le recordaba el amor de Clara, el hijo que él debia tener y la felicidad doméstica que habia abandonado por una vida azarosa y llena de peligros; pensó tambien en su anciana madre, cuyo cariño hácia él siempre habia sido tan grande.

A tales recuerdos no pudo ser insensible su corazon, y una lágrima rodó por su mejilla; tras de la lágrima cayó el puñal que tenia entre sus dientes.

En esto entró una mujer en la cocina. Pedro, al verla, lanzó un grito agudo, penetrante, hijo de una sorpresa sin limites.

La jóven, al oirle, se levantó de un salto, tomó al niño entre sus brazos y le oprimió contra su corazon, como queriendo preservarle del peligro que amenazaba.

La mujer que acababa de entrar se asió á la jóven, y ambas, estrechamente abrazadas, se arrimaron á un ángulo de la cocina, desde donde miraban á la ventana con los ojos desencajados por el terror.

Pedro entretanto habia logrado hacer pedazos las débi-

les tablas de la misma, y dando un salto, cayó de rodillas á los piés de aquellas dos mujeres.

Estas, al ver á un hombre que entraba de aquella manera, quedaron mudas, petrificadas, sin poder dar un grito ni pronunciar una palabra; tal era el miedo de que se hallaban poseídas: solo el niño se atrevió á llorar.

—¡Madre! ¡madre mía!—exclamó el licenciado con el rostro junto al suelo.

—¡Hijo mío!—gritó la anciana al oír aquella voz tan conocida para ella, y se arrojó al cuello del recién llegado.

—¡Pedro!—exclamó Clara, llena de placer, rodeando con un brazo el cuello de su amante, mientras que con el otro sostenía á su hijo.

—¡Perdon! ¡perdon!—murmuraba el licenciado sin atreverse á mirar á su madre y á su novia, pues no eran otras aquellas dos mujeres.

—¡Ya estás perdonado, hijo mío!—articuló María, cubriendo de besos la frente de Pedro.

—¡Mira nuestro hijo!—añadió Clara, presentándole al niño; cuya sonrisa parecía ser el sol que iluminaba á tan tierna escena.

El licenciado le tomó entre sus brazos; besándole firmemente, mientras Clara y María hacían lo mismo con él, formando así un grupo donde pudiera haberse inspirado un pintor para trasladar al lienzo una familia poseída de la mas suprema dicha.

XI.

Ha transcurrido un mes después del acontecimiento que acabamos de referir.

Pedro y Clara han vuelto á su antigua aldea, donde se han casado y viven felices en compañía de su anciana madre y de su hijo.

El licenciado maldice á cada momento el día en que marchó al servicio de las armas, haciéndole causa de todas sus desgracias, y llora amargamente los escándalos que su mala conducta ocasionó en la aldea, dando así entrada á la demoralización.

—¿Cómo me había de gustar el trabajo del campo,—dice muchas veces á los aldeanos,—después de haber pasado ocho años de una vida holgazana?

—¡Claro!—contestan ellos.—Y el que no trabaja juega y se emborracha, como hacemos nosotros los días de fiesta.

—Y si lo hiciésemos todos los días pararíamos en un presidio,—añadió un viejo.—D. DE LA HERANUEVA.

EL GABELLO BLANCO.

Continuación.

IX.

El amor de Enrique á Florentina no era de ninguna manera del agrado de doña Teotiste de Vargas y mucho menos por consiguiente el de Florentina á Enrique. Aunque ya las clases de señoras y vasallos descansan para siempre en su merecido panteón, la señora de Vargas demostraba á menudo por sus aristocráticas expresiones, la arraigada creencia de que por sus venas corría la sangre azul de un ascendiente suyo que fué ministro del rey Wamba.

De que fué ministro, es cuestión que hay todavía que dilucidar, pero que nosotros por ahorrar trabajo y tiempo dejamos para otra ocasión, inclinándonos al parecer de ciertas vecinas que decían que el antiguo pariente fué ministro; pero de los que modernamente se llaman alguaciles.

No es extraño, así, que, teniendo tan nobilísimos ascendientes la mamá de Florentina, no mirara bien que su hija contrajera matrimonio con un hombre cuyos abuelos no tuvieron carta alguna de nobleza, y, según es fama, nacieron sin dinero y... ¡oh horror de horrores! ¡sin camisa!...

Por eso dejaba desde entonces de concurrir á las reuniones del señor de M.; no porque de ellas se saliese tarde, etc., etc., sino porque se cantaba, se conversaba y se bailaba, ejercicios que favorecían estremadamente á los amantes.

Decíase ella.—Iremos por la noche al teatro, tomaremos palcos por asiento, y si va ese mequetrefe tiene que contentarse á lo sumo con dirigir á la niña de cuando en cuando los lentes. Nada importa que le encontremos en paseo ó nos haga visitas, porque mi continua presencia evita las conversaciones ó palabras que intentase dirigirla.

Satisfacer sus famélicos deseos, ser atendida y lisonjeada como su hija, en perjuicio de ésta algunas veces, y lograr el afán de verla condesa, marquesa; en fin, poseedora de algun título era toda la ambición, era el sueño dorado que continuamente estasiaba á doña Teotiste de Vargas.

La casualidad vino á favorecer mas de lo que esta señora esperaba sus intenciones respecto á Enrique.

X.

Si nuestros lectores hubieran estado á eso de las diez y media de la noche en el café del Teatro Real, algo hubieran visto... (apesar de que no siempre vemos lo que intentamos mirar), y nos evitaríamos nosotros el trabajo de bosquejar levemente lo ocurrido. Pero suponiendo que nada saben referente á nuestros estimados personajes, debemos volver á nuestra obligación de narrar.

En torno de una de las mesas del mencionado café veíase conversar agradablemente á la familia Verdemar con cierto sugeto desconocido, que parecía tener unos treinta años y ciertas maneras elegantes, pero afectadas en extremo según algunos. Enrique, á quien sus piernas flaqueaban conforme se iba adelantando, no miraba como es de suponer con buenos ojos, al elegante dandy con quien Florentina conversaba satisfactoriamente.

Tuvo un instante el pensamiento de retirarse.

Pero sentía demasiada curiosidad, que en aquella ocasión podía traducirse por celos.

En consecuencia, avanzó resueltamente.

Sentóse junto á una mesa, desde donde sin peligro de ser visto, saboreaba hasta la última la amargura de aquella escena.

Pero Enrique conservaba su caracter irreflexivo.

Es verdad que en aquel sitio no era visto pero si oído como lo probó la exclamación de D. Timoteo al oír á Enrique exclamar:

—Mozo!

—Eh! Teotiste, ahí está Enrique! creo haber oído su voz.

Las pálidas mejillas de esta se colorearon.

Y por una natural curiosidad volvióse hacia el joven marmurando:

—Es verdad!

—No queréis hablarnos!—exclamó Florentina.

Enrique al oír estas palabras creyó haberse engañado respecto á las intenciones que atribuyera al elegante desconocido.

—Quién es ese joven?—preguntó este desdeñosamente y en voz baja á D. Timoteo.

—Un amigo...

—Un estudiante;—interrumpió Teoliste.

—El dandy hizo un gesto de disgusto que no fue advertido por Enrique, que se acercaba mirando confusamente á todos sin ver á ninguno.

—Sentaos y tomad alguna cosa,—dijo Timoteo.

En aquel momento llegó el mozo con el café que Enrique había antes pedido.

—Tengo el honor de presentar al Sr. Marqués del Junco;—interrumpió el galeno, aludiendo al elegante joven.—

El Sr. D. Enrique de Madreselva, futuro abogado,—continuó, indicando con énfasis á nuestro héroe.

Después de los ofrecimientos y gracias y demás hipocresías sociales de esta especie, D. Timoteo continuó usando de la palabra para dar pública cuenta del lazo que le ligaba al Sr. Marqués del Junco.

En tanto se había establecido una especie de telegrafía eléctrica entre los ojos de los amantes.

Enrique pedía explicaciones.

Florentina, al verle tan taciturno y confundido, le preguntaba la causa de ello.

Y ninguno de los dos se entendían.

El Sr. Marqués,—decía con entusiasmo el galeno,—es sobrino de mi esposa y por consecuencia mío, ha tenido suerte con su carrera y compró este título, según me acabé de decir. Conque ánimo, señor estudiante, á ver si el día de mañana le vemos hecho un barón.

—Fortuna te de Dios, hijo...—murmuró Florentina.

—No interrumpas á tu papá;—dijo acalorada Teoliste.

El Marqués por su parte bajó los ojos.

—Es verdad!—esclamó Timoteo;—voy á concluir, señores: Mi sobrino parece que ha abandonado sus lares para gozar de la corte, y le alabo el gusto. No se había aun presentado en casa porque ignoraba dónde vivíamos. Y mira usted qué afortunada casualidad, Enrique. Al comprar los billetes... por cierto que se ha empeñado en pagar los nuestros, lo cual da una clara prueba de su generosidad...

—Pero (io.—(Se continuará.)

J. A. QUIROGA.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

EL DOS DE MAYO.

Dejamos por un momento la tarea de dar á nuestros lectores cuenta de la pasada y última semana de Abril para ocuparnos preferentemente de un hecho heroico, aunque triste, en que la independencia española dió principio á una de las mas brillantes páginas de su historia, escribiendo con la sangre de sus hijos mas valientes, sobre el pendon de sus antepasados, el lema sacrosanto de sus libertades. El pueblo español vivía tranquilo y feliz, pero valiente. El labrador, el honrado ciudadano, el hombre de bien, contemplaba de lejos desde el fondo del hogar y la familia, los rumores de triunfo de las aguilas imperiales. La Europa ardía bajo la espada de la ambición. Parecía que el genio de la guerra había despertado para anegar en sangre y martirio á la humanidad y que, cual otro Atila llevaba sobre su frente escritas aquellas palabras terror del Senado y el pueblo romano «azote de Dios.» Los reyes, sobrecojidos de espanto, se retiraron al fondo de sus gabinetes con sus consejeros; los hombres mas grandes de la Francia, sus mas ilustres escritores proscritos, fugitivos y aterrados fuera de su patria, enmudecían y sancionaban con el silencio el de-

recho de conquista de Bonaparte, y si alguna protesta se alzaba en medio del estruendo del cañon y el humo de la pólvora contra el despotismo del imperio, bien pronto era apagada por el himno que los soldados levantaban en el campo de batalla para cantar una corona mas á la frente del conquistador.—La tribuna había callado y á la libertad del pensamiento había sustituido la elocuencia de la espada del soldado de Austerlitz y de Marengo.

España, solo España, mas bien olvidada que despreciada, permanecía incólume á la gran guerra europea; pero llegó un dia en que dirigiendo Bonaparte sus ojos al Occidente y necesitando sacrificar los hijos á su ambición, la exigió el vergonzoso tributo del César. «Los grandes me llamaron y el pueblo me rechazó.»

Confiada acaso en promesas indignas y con el consentimiento de la diplomacia, que fingió creer de buena fé su doble intención que había de costar tanta sangre y tantas lágrimas á nuestra patria, los soldados del imperio, al mando de ambiciosos gefes penetraron en la península llegando con osadía inaudita hasta el alcázar de nuestros reyes; pero el pueblo, que, aunque pobre hombre, no carece de buen sentido, bien pronto comprendió que la ocupacion de Portugal para hacer frente á la Inglaterra era un pretexto únicamente para apoderarse de una vez de la nación española.—Algunas horas antes de la entrada de las tropas en la heroica villa, sus habitantes comenzaban á amotinarse, pululando por las calles, tristes, silenciosos, como presintiendo un dia sangriento y de luto. No se había preparado para la defensa en caso necesario; carecía hasta de armas.

Los escuadrones de Murat se encontraban ya al frente de la población y para mayor mengua de sus triunfos las puertas de Madrid se abrían de par en par para recibirle.

Dos oficiales de artillería juraban entre tanto, en medio del pueblo inerme, el martirio y el estermio de los franceses.

Las mujeres hablaban en voz baja á sus esposos y á sus hijos. Si el general que saboreaba con la sonrisa de Judas los miserables vivas que de en medio de sus tropas se levantaban, pagados á peso de oro, hubiese mirado mejor la palidez convulsiva del pueblo, hubiera comprendido que se encontraba en presencia, no de un pueblo degenerado y esclavo, sino á la vista de los heroicos hijos de Numancia y de Sagunto. En aquellas fisonomías descompuestas hubiera adivinado los rumores que preceden á la tempestad de un pueblo libre é independiente.

El ejército entró dirigiéndose al Alcázar. El pueblo le siguió mudo hasta sus puertas. Necesitaba tener razón para lanzar el grito de guerra: no se hizo esperar mucho la última prueba del hombre de bien.—Los últimos restos de la Real familia iban á desaparecer en un carnage de Madrid, prisioneros de la astucia y el dolo, para Francia.—El golpe era decisivo.—El pueblo amaba á sus reyes, porque con ellos había peleado y con ellos había partido sus penas y sus alegrías; le robaban el corazón.

La plaza de Oriente ocupada por las bayonetas y todo el pueblo que asistía allí, con las armas solo de sus pechos, quedó en silencio algunos instantes. El carnage iba á partir, cuando la voz débil de una mujer, se levantó como la trompeta del juicio. «¡Guerra al extranjero!» Tuvo entonces lugar una escena de esos dramas que destilan sangre, y que estremecen al alma, dejando una huella profunda en la vida de los pueblos, en la historia y en la tradición que el padre refiere á sus hijos á puerta cerrada,

para que nunca se borre de su memoria lo que debe á sus abuelos sacrificados por el despotismo, en defensa de la libertad.—Madrid fué un grito de muerte; el estertor de una agonía terrible. Las calles estaban cubiertas de cadáveres, y el pueblo luchaba ebrio de venganza.—Murat tuvo miedo, y ya que como valiente no podía vencer á los valientes, apeló al expediente de la paz.—El pueblo no tenía jefes, porque Daoiz y Velarde habian exhalado el último aliento cogidos de las manos al pié del cañon.

¡ Héroses inmortales ! ¡ qué os importaba morir entonces, si sabiais que vuestra patria guardarla siempre en el fondo de su corazon vuestros nombres; y que los pronunciarla poseida de santa veneracion con una lágrima sobre vuestro sepulcro!

El prólogo de la gran catástrofe no se habia consumado; debia terminar con la corona del martirio.

Murat enarboló la bandera blanca y publicó un bando de ignominia para él, de gloria para el pueblo madrileño. «Todo el que sea encontrado con armas, será fusilado.»

Algunas horas despues en el silencio del grito de guerra, el estampido del cañon y las descargas de la fusileria, hacian oír á intervalos los últimos alaridos de los que habiendo peleado como valientes morian con la corona del martirio; fusilados por el miedo de un general francés. . .

En el Prado se veian tendidos en desórden, mujeres, niños, ancianos y sacerdotes.

Murat habia vencido.
paguemos una lágrima á la memoria de las ilustres victimas, de los generosos mártires de la independencia de nuestra querida, patria!

V. C. FRAGO.

TEATROS.

Antes de dejar pasar mas tiempo sobre algunas de las obras estrenadas en los teatros de la corte, durante las dos anteriores semanas, vamos á dar á nuestros lectores una ligera noticia de ellas.

Empezaremos por el drama en cuatro actos del señor D. José María Diaz, que con el título de *Mártir siempre, nunca reo*, fué representado en el teatro del Príncipe. La obra del señor Diaz se resiente de esa falta de sujecion á las reglas de la sana critica y de esa excesiva originalidad que el autor trata siempre, sin reparo alguno, de imprimir en todas sus obras. Propónese en ella el autor, á lo que parece, combatir la pena de muerte; mas el colorido político que en ella resplandece la hace aparecer como una obra de circunstancias. El drama, sin embargo, á pesar de que se deslizaba sobre un terreno asaz espinoso y movedizo, agradó notablemente á los espectadores, quienes por los veces llamaron al autor á la escena.

En la misma noche se estrenó en el teatro de Variedades la comedia *Crisis matrimonial*, debida á las plumas de los señores Pastorido y Granés. *Crisis matrimonial*, es una obra de muy medianas condiciones, pero no por eso deja de resplandecer en ella cierta gracia y espontaneidad que la hacen digna de elogio; así que puede decirse que mas bien por la naturalidad con que está desenvuelto su argumento, que por lo que su argumento vale en sí, ha llegado á obtener los grandes aplausos de aquel numeroso público.

Las obras estrenadas en el teatro de Jovellanos son va-

rias, porque en este coliseo las obras se dan siempre á pares. La primera que se ofrece á nuestra memoria es la zarzuela en un acto de los señores Ayllon y Rogel, titulada *Los regalos*, que á la verdad, es una obra de muy escaso mérito y de no mas altas pretensiones. La segunda estrenada en la misma noche que la anterior, es otra zarzuela tambien en un acto, del Sr. D. José María Diaz, y música del Sr. Gaztambide, con el título *Sin familia*. Tanto por su parte literaria como por su parte musical la presente obra es una bella produccion, por mas que el sentimentalismo y colorido dramático, encuentran alguna repugnancia en el público de Jovellanos.

Despues de estas dos obras vió la luz en el mismo teatro una zarzuela en un acto, titulada *Influencias Políticas*, escrita sobre una comedia de Scribe, por el Sr. Pina y puesta en música por el Sr. Oudrid; el éxito fué muy favorable para sus autores. Pero sin duda alguna, la zarzuela que mas ha llegado á agradar al público de cuantas el teatro de Jovellanos ha ofrecido en estos últimos dias, fué la últimamente estrenada del Sr. D. Emilio Mozo de Rosales con el título de *Jorge el Mercader*. Las buenas situaciones en que abunda, la oportunidad en la distribucion de la parte lírica, los acertados caracteres que en ella figuran y sobre todo el sentimiento y galanura con que está escrita, hacen de la obra del Sr. Mozo de Rosales una zarzuela digna de verdadero aprecio. Su música, primera produccion del aventajado jóven Sr. Ruiz, interpreta fielmente el sentimiento de la obra y es de un mérito poco comun, luciendo en ella su novel compositor, mas bien su originalidad y su fantasia que una estricta sujecion á las reglas del arte.

No cerraremos esta breve noticia de los teatros sin hacer mencion de la sociedad lírico-dramática el Liceo Madrileño, cuya segunda funcion tuvo lugar la noche del 19 del pasado en el teatro de Lope de Vega. Ante un inmenso público que llenaba las localidades de aquel teatro se representó el drama de los señores Fernandez Guerra y Orbe y Tamayo y Haus, titulado *La Rica Hembra*, cuyo desempeño ha sido en extremo acertado por los estudiosos jóvenes que en él tomaron parte. En seguida leyóse una composición poética alusiva á la idea de la sociedad, terminando el espectáculo con la festiva comedia en un acto *No nos secrete*. —F.

El nuevo y magnífico establecimiento de música y pianos que hoy se abre al público en la calle del Príncipe, número 14, pertenece á los Sres. Boisselot, Bernaraggi y compañía, dueños de la gran fábrica de pianos en Barcelona. Estos señores, deseando que viésemos en la coronada villa un establecimiento de este género que pudiera competir en elegancia y buen gusto con los de Londres y París han procurado, sin pararse á omitir gastos de ninguna clase, llegar á abrir en la corte quizá el primero de Europa.

Esta noche el público de Madrid se parará á examinar con detencion aquellos elegantes salones profusamente iluminados.

Felicítamos nosotros cordialmente á dicha sociedad por sus laudables esfuerzos, y al mismo tiempo debemos hacer mencion de nuestro amigo D. Anastasio Garcia, que uniendo sus intereses á los de los señores arriba mencionados, no ha perdonado medio alguno para el objeto, demostrando de este modo su gran celo y actividad en esta clase de comercio.

Propietario y editor responsable,
D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 45, bajo.